

Jesús y Pedro (Jn 21:20–23), que sirve para aclarar un malentendido. Si el Discípulo amado hubiera sido el autor de Juan 1–20, eso explicaría que se diera fe de la fiabilidad de su testimonio en Juan 21:23–24. Pero esto resultaría paradójico, ya que estaríamos ante un testigo anónimo que atestigua sobre la fiabilidad del Discípulo amado, que implícitamente es un testigo autoritativo, lo que podría dar a entender que esta figura autoritativa dentro de la narración joánica eran tan anónima para sus primeros lectores como lo es para los lectores de hoy día.

### 6. Identificación del Discípulo amado.

Juan 21 sugiere que el Discípulo amado es uno de siete discípulos. Pedro está excluido, y de los otros cuatro que nos resultan conocidos, sólo a Santiago el hermano de Juan no se le ha propuesto como el Discípulo amado. Teniendo en cuenta que también había dos discípulos sin identificar, la lista se ha ampliado para incluir a otros miembros de los Doce y a alguno más. Entre los Doce están Juan, Felipe, Natanael, Andrés, Tomás y Matías, el que sustituyó a Judas. Más allá de los Doce se encuentran, por ejemplo, Lázaro, Pablo, Juan Marcos y Juan el Anciano. H. Waetjen piensa que el Discípulo amado era \*Lázaro en Juan 1–20, pero Juan en Juan 21. Los argumentos en contra de cualquiera de estos dos se pueden considerar sólidos, y el asunto se complica más debido al estatus incierto de Juan 21. ¿Se trata de una parte integral del Evangelio de Juan o de un epílogo añadido por otras manos para enviarlo tras la muerte del autor? Esto último parece probable ya que es improbable que el autor se refiriera a sí mismo como el «Discípulo amado». Es posible que esa designación se añadiera al cuerpo de este Evangelio al mismo tiempo que el epílogo, que explícitamente lo identifica como el autor, aunque tal vez ya lo insinúe Juan 19:35; 20:31. Incluso así, el Discípulo amado y el autor de este Evangelio siguen siendo anónimos.

Este Evangelio se publicó bajo el nombre de Juan (*kata Iōannēn*), si bien la fecha de los títulos de los Evangelios es incierta. No está claro si la identificación del Discípulo amado como Juan se vio influenciada por el título o si el título fue una consecuencia de la identificación. Juan el hijo de Zebedeo era uno de los siete discípulos de Juan 21. Puede que hubiera otro Juan, uno de los dos discípulos cuyos nombres no se mencionan. Ireneo opinaba que Juan el hijo de Zebedeo era el Discípulo amado y el autor de este Evangelio

(*Haer.* 3.1.1). Esta parte de la opinión de Ireneo no fue cuestionada por Eusebio, quien no obstante sí se basó en Papias (Eusebio, *Hist. eccl.* 3.39) para sostener que un segundo Juan, Juan el Anciano, había escrito el libro del Apocalipsis. Algunos especialistas recientes han invertido el argumento para defender que Juan el Anciano escribió este Evangelio, una tesis que no cuenta con apoyos antiguos. El carácter anónimo del Discípulo amado ha llevado a tratar su figura como un ideal o un símbolo (Bauckham, 73–92), pero esta interpretación se ve debilitada por el modo en que el Discípulo amado es el contrapunto de Pedro y de la madre de Jesús. Es difícil saber cómo tomarse este anonimato intencionado.

Véase también APÓSTOL; DISCÍPULOS Y DISCIPULADO; JUAN, EVANGELIO DE.

BIBLIOGRAFÍA. **C. K. Barrett**, *The Gospel According to St. John: An Introduction with Commentary and Notes on the Greek Text* (2ª ed.; Filadelfia: Westminster, 1978); **R. Bauckham**, *The Testimony of the Beloved Disciple: Narrative, History, and Theology in the Gospel of John* (Grand Rapids: Baker Academic, 2007); **J. H. Charlesworth**, *The Beloved Disciple: Whose Witness Validates the Gospel of John?* (Valley Forge, PA: Trinity Press International, 1995); **R. A. Culpepper**, *John the Son of Zebedee: The Life of a Legend* (Columbia: University of South Carolina Press, 1994) 56–88; **V. Eller**, *The Beloved Disciple: His Name, His Story, His Thought* (Grand Rapids: Eerdmans, 1987); **P. S. Minear**, «The Beloved Disciple in the Gospel of John: Some Clues and Conjectures», *NovT* 19 (1977) 105–23; ídem, «The Original Function of John 21», *JBL* 102 (1983) 85–98; ídem, *John: The Martyr's Gospel* (Nueva York: Pilgrim Press, 1984); **J. D. Tabor**, *The Jesus Dynasty: The Hidden History of Jesus, His Royal Family, and the Birth of Christianity* (Nueva York: Simon & Schuster); **H. C. Waetjen**, *The Gospel of the Beloved Disciple: A Work in Two Editions* (Nueva York: T & T Clark International, 2005).

J. Painter

## DISCÍPULOS Y DISCIPULADO

El mundo del siglo I mostraba una variedad de líderes religiosos, filosóficos y políticos, y todos ellos tenían seguidores comprometidos con sus causas, enseñanzas y creencias. Aunque había varios términos para designar a estos seguidores, uno de los que se empleaban con mayor frecuencia era el de *discípulo*, o *discipulado* en referencia al proceso de crecimiento

y desarrollo de una persona como discípulo. Estos términos también llegaron a ser los más utilizados para designar a los seguidores de Jesús, hasta el punto de que en la Gran Comisión de Jesús (Mt 28:19–20) el objetivo de su misión mundial era «hacer discípulos» a todas las naciones.

Este artículo se centra en primer lugar en la naturaleza singular de los discípulos de Jesús en comparación con otro tipo de discípulos y de discipulado en el mundo antiguo. Posteriormente compara el cuadro de Jesús y sus discípulos que presentan los cuatro Evangelios con el objeto de apreciar la perspectiva peculiar del discipulado que pretendió ofrecer cada evangelista a su comunidad.

1. Terminología y conceptos
2. Discípulos de Jesús
3. El carácter singular del discipulado de Jesús
4. Los énfasis de los autores de los Evangelios
5. Conclusión

### 1. Terminología y conceptos.

El término castellano *discípulo* normalmente sirve para designar a un «seguidor», «adepto» o «estudiante» de un gran maestro, líder religioso o profesor. En el antiguo mundo grecorromano, *discípulo* es la palabra que se emplea más habitualmente para traducir el vocablo griego *mathētēs* y los términos hebreos *talmūd* y *limmūd* (Wilkins 1988, caps. 1–3).

**1.1. Trasfondo veterotestamentario.** La terminología del «discípulo» es sorprendentemente escasa en el AT, pero existen otras pruebas que apuntan a una relación maestro-discípulo en el seno de la vida nacional de Israel. La única vez que aparece *talmūd* en el AT (*mathētēs* no se encuentra en la LXX) señala a un estudiante o aprendiz que aprende música (1 Cr 25:8). El profeta Isaías se refiere a un grupo reunido en torno a él como «mis discípulos» (*limmūday* [Is 8:16]), y su relación se caracteriza por un proceso educativo centrado en hablar y escuchar (*limmūdīm* [Is 50:4]). El término *limmūdīm* se usaba para especificar los «discípulos» de Yahvé (Is 54:13), indicando que los *limmūdīm* podían ser discípulos tanto de Yahvé como de un maestro humano.

La existencia de una relación maestro-discípulo dentro de la estructura social de Israel está atestiguada en y a través de los profetas relacionados con Samuel (1 Sm 19:20–24), los hijos de los profetas relacionados con Eliseo (2 Re 4:1, 38; 9:1), los profetas escritores Jeremías y Baruc (Jr 36:32), Esdras y la tradición de

los escribas (Esd 7:6, 11) y los consejeros sabios dentro de la tradición sapiencial (Prov 22:17; 25:1; Jr 18:18). Cada una de estas instituciones estaba involucrada en el proceso de comunicación de la revelación de Yahvé (profecía, ley, sabiduría), y la intimidad que sugiere la relación indica un apoyo mutuo entre maestro y discípulo en la tarea de revelar la palabra de Dios a la nación.

No obstante, podemos observar con claridad un forma peculiar de discipulado en el AT en el modo en que Israel se relaciona con Dios y en que el pueblo sigue a Dios: «y andaré entre vosotros, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo» (Lv 26:12). Cuando la nación cumple su compromiso con la alianza, se dice que está siguiendo a Dios (e. g., Dt 4:1–14; 1 Sm 12:14) y andando en sus caminos (e. g., Dt 10:12). Los líderes del pueblo, como Josué (Nm 32:12) y Caleb (Nm 32:12; Jos 14:8, 9, 14), eran evaluados según el criterio de si seguían o no a Dios y andaban en sus caminos. David es el ejemplo supremo de rey cuya vida se caracterizó por seguir a Dios: «David mi siervo, que guardó mis mandamientos y anduvo en pos de mí con todo su corazón, haciendo solamente lo recto delante de mis ojos» (1 Re 14:8). El tema veterotestamentario de Dios en compañía de su pueblo prepara el énfasis de Mateo en Jesús como Emanuel, «Dios con su pueblo» (Mt 1:23), que daría lugar a un seguimiento por parte de discípulos singulares como correspondía a su estatus mesiánico (Wilkins 1992, 51–69).

**1.2. El mundo heleno.** El discipulado era un fenómeno habitual en el antiguo mundo mediterráneo. En la literatura griega clásica más antigua se utilizaba *mathētēs* de tres maneras: (1) en un sentido general de «aprendiz», relacionado morfológicamente con el verbo *manthanō*, «aprender» (e. g., Isócrates, *Panath.* 16.7); (2) en un sentido técnico de «adepto» de un gran maestro o enseñanza (e. g., Jenofonte, *Mem.* 1.6.3.4); (3) y en un sentido más restringido de «alumno institucional» de los sofistas (e. g., Demóstenes, *Lacr.* 35.41.7). Sofistas como Protágoras estuvieron entre los primeros en establecer una relación institucional en la que el maestro impartía virtud y conocimiento al discípulo a través de un proceso educativo de pago.

Sócrates y Platón objetaron esta forma de discipulado basándose en argumentos epistemológicos, abogando en su lugar por una relación en la que el maestro dirigía el diálogo para que aflorara el conocimiento innato de

sus seguidores. Por lo tanto, Platón presenta a Sócrates (y a aquellos que se oponían a los sofistas) resistiéndose a utilizar el término *mathētēs* para sus seguidores con el fin de evitar toda conexión sofista (Platón, *Sof.* 233.B.6-C.6). Pero usaba el término de forma libre para referirse a «aprendices» (Platón, *Crat.* 428.B.4) y «adeptos» (Platón, *Symp.* 197.B.1), allí donde no había peligro que se malinterpretara. Hipócrates rechazó asimismo cobrar un estipendio por transmitir su conocimiento médico, pero creó el famoso juramento hipocrático según el cual, de la misma manera que sus maestros y dioses le habían transmitido a él el arte de la medicina, «por precepto, lección y cualquier otro modo de instrucción, yo impartiré un conocimiento del Arte a mis propios hijos, y a los de mis maestros y a los discípulos».

En el período helenístico de los tiempos de Jesús, *mathētēs* continuaba utilizándose con la connotación general de «aprendiz» (Diodoro Sículo, *Bib. hist.* 23.2.1.13, 26), pero se empleaba más habitualmente para referirse a un «adepto» (Dion Crisóstomo, *Regn.* 1.38.6). El tipo de adhesión lo determinaba el maestro, y abarcaba desde ser seguidor de un gran pensador y maestro del pasado como Sócrates (Dion Crisóstomo, *Hom.* 1.2), a ser alumno de un filósofo como Pitágoras (Diodoro Sículo, *Bib. hist.* 12.20.1.3) o ser devoto de un maestro religioso como Epicuro (Plutarco, *Suav. viv.* 1100.A.6). La relación presuponía el desarrollo de un compromiso continuo del discípulo hacia el maestro y su particular enseñanza o misión, y la relación se extendía a la imitación de la conducta del maestro en la medida en que esta impactaba la vida personal del discípulo.

**1.3. El judaísmo en tiempos de Jesús.** Dentro del judaísmo del siglo I A. D. había diversas clases de individuos a los que se les llamaba «discípulos», usando los términos básicamente equivalentes de *mathētēs* y *talmid* (Wenthe). Estos términos designaban adeptos o seguidores que se habían comprometido con un líder, maestro o movimiento reconocido. Las relaciones abarcaba todo el espectro, desde lo filosófico (Filón, *Sacr.* 7; 64; 79) a lo técnico (escribas rabínicos [*m. 'Abot* 1:1; *b. Šabb.* 31a), pasando por lo sectario (\*fariseos en Josefo, *Ant.* 13.289; 15.3, 370) o lo \*revolucionario (nacionalistas parecidos a los zelotes en *Midr. Šir HaŠirim Zúta*). Aparte de los discípulos de Jesús, los Evangelios nos presentan a los «discípulos de los fariseos» (e. g., Mt 22:15–16; Mc 2:18), que posiblemente pertenecían a una de las

escuelas (cf. Hch 5:34; 22:3); los «discípulos de Juan el Bautista» (Mc 2:18), aquellos hombres y mujeres valerosos que habían abandonado el status quo de la sociedad judía para seguir a aquel \*profeta escatológico llamado \*Juan el Bautista; y los «discípulos de Moisés» (Jn 9:24–29), judíos que se centraban en su posición de privilegio como aquellos a los que Dios se había revelado a sí mismo por medio de \*Moisés.

La relación farisea entre maestro y discípulo es la precursora de la posterior relación talmúdica entre maestro y discípulo que evolucionó y se convirtió en un sistema educativo formal para la formación de rabinos que entrañaba especialmente la transmisión de la ley oral (e. g., Neusner, 22–23). Esto es lo que se escucha en un dicho atribuido a la Gran Sinagoga, que llegó ser una norma de Israel: «Sé paciente en [la administración de la] justicia, educa muchos discípulos y levanta una valla alrededor de la Torá» (*m. 'Abot* 1:1).

Jesús tomó un fenómeno habitual —un maestro con sus discípulos— y lo utilizó como expresión del tipo de relación que iba a desarrollar con sus seguidores, pero lo moldearía y le daría una forma singular para una clase peculiar de discipulado, muy distinto a los demás. Algunos enfatizan demasiado las similitudes entre Jesús y otras formas de relación maestro-discípulo. Por ejemplo, a veces se emplean relaciones rabínicas posteriores entre maestros y discípulos para explicar la relación que Jesús tenía con sus discípulos (e. g., Neudecker). Jesús detentaba una autoridad como escriba versado en las Escrituras, pero no se derivaba de una educación formal recibida dentro de las tradiciones rabínicas o de escribas (véase Keith, 189–92). Existía un amplio espectro de otros tipos de relación entre maestro y discípulo que posiblemente fuera más relevante para comprender el tipo de discipulado de Jesús (Hengel, 42–57). Juan el Bautista y sus discípulos parecen estar más estrechamente relacionados con Jesús y sus discípulos que con el sistema fariseo o el posterior sistema rabínico. Pero aun comparándolo con Juan y sus discípulos, Jesús desarrolló una relación con sus discípulos que fue única, como corresponde a su estatus de \*Hijo de Dios mesiánico, y sus discípulos finalmente acabarían \*adorándole, un acto que el pueblo reservaba exclusivamente para Dios (Mt 28:16–17).

## 2. Discípulos de Jesús.

**2.1. Primeros seguidores.** Desde el comienzo de su ministerio público Jesús tuvo seguidores. Sus

## Discípulos y discipulado

---

primeros seguidores, según la tradición joánica, eran originalmente discípulos de Juan el Bautista. Puesto que el ministerio del Bautista preparaba el camino para Jesús, es natural que algunos de los discípulos de Juan hicieran la transición y pasaran a ser seguidores de Jesús. Los primeros discípulos de Juan en llegar a ser seguidores de Jesús fueron Andrés y otro discípulo anónimo (posiblemente el apóstol Juan). Andrés, convencido de que Jesús era el Mesías (véase Cristo), llevó a su hermano, Simón Pedro, a Jesús. Seguidamente Felipe, otra persona de la misma localidad que Andrés y Pedro, fue llamado por Jesús, y él a su vez trajo a Natanael a Jesús (Jn 1:35–49). Estos primeros seguidores probablemente fueron los «discípulos» (Jn 2:2) que luego viajaron con Jesús a la boda de Caná, experimentaron la primera señal milagrosa y creyeron en Jesús (Jn 2:11).

Este primer movimiento de seguidores de Jesús fue ganando impulso a medida que las noticias acerca de Jesús iban extendiéndose a través de las relaciones sociales en una zona relativamente localizada. Dado que Jesús centró su ministerio en la región de \*Galilea, los primeros discípulos procedían de una red de parientes ya existente (e. g., hermanos: Andrés y Simón Pedro, Juan y Santiago), socios (e. g., Pedro y Andrés eran socios en el negocio de la pesca de Santiago y Juan [Lc 5:10]) y vecinos y conocidos (la mayoría de los doce discípulos eran de Capernaum y Betsaida).

El movimiento de Jesús aceleró rápidamente. En las primeras etapas de su ministerio hubo una gran multitud de discípulos que se unieron a Jesús (Lc 6:17; 10:1; Jn 6:60). Jesús atraía a multitud de personas, y una oleada de seguidores vino a él para convertirse en discípulos suyos. Pero al parecer los primeros discípulos formaban un grupo variopinto. En el Evangelio de Juan aparece un relato singular de unos discípulos que habían seguido a Jesús durante cierto período de tiempo y que después de un discurso de Jesús que les pareció especialmente difícil de aceptar, dejaron de seguirle (Jn 6:60–66). Parece ser que habían seguido a Jesús porque les había entusiasmado como nuevo \*taumaturgo y \*maestro (cf. Jn 2:23–25). Tenían algún tipo de compromiso con Jesús, pero cuando su enseñanza no se correspondió con sus expectativas, lo abandonaron. Tenían un grado de compromiso un tanto libre con el movimiento (Wilkins 1992, cap. 6; Meier, cap. 25).

**2.2. Los discípulos y las multitudes.** Durante gran parte del ministerio de Jesús estuvieron presentes dos

grupos: los discípulos y la «multitud» o «multitudes» (*hoi ochloi*) (Wilkins 1992, cap. 6; Meier, cap. 24) (véase Gente, multitud). Los discípulos eran aquellos que respondían al llamamiento de Jesús a seguirle. Creían en Jesús como su maestro (Mc 1:16–20; cf. Lc 5:1–11) y se habían comprometido con su misión de establecer el \*reino de Dios y la \*salvación que ofrecía (Mt 19:16–29).

Las multitudes eran aquellos a quienes Jesús continuaba llamando. Las multitudes eran un grupo neutral, aunque curioso, que no tenía un compromiso serio con Jesús. Aunque seguían a Jesús (Mt 4:25), no evidenciaban los dos prerrequisitos para el discipulado: el coste de renunciar a la vida antigua y comprometerse con Jesús (e. g., Mc 8:34–38). Seguían a Jesús solamente en un sentido físico, no en el auténtico sentido de dedicarle sus vidas. Eran el pueblo de \*Israel objeto del ministerio evangelístico de Jesús.

**2.3. Los Doce.** Los cuatro Evangelios dan fe de que durante las subidas y bajadas en popularidad del movimiento de Jesús hubo un núcleo de doce discípulos que fueron llamados por Jesús para tener una relación especial con él (McKnight; Wilkins 1992, cap. 8; Meier, caps. 26–27) (véase Apóstol). Aunque los Doce son discípulos, ejemplos de lo que significa ser un creyente en Jesús, también se les designa como líderes entre los discípulos. Lucas dice que Jesús «llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos» (Lc 6:13). La distinción entre el grupo general de discípulos y el grupo concreto de los Doce tiene que ver con la función o el papel, no con el estatus o el valor. Todos los discípulos son iguales en relación con su discipulado, que habla de su entrada en la salvación y el reino de Dios. El papel de los Doce también está orientado al liderazgo en cuanto a función. Pero esta función no los elevó a un estatus más elevado; el llamamiento al liderazgo es un llamamiento a convertirse en siervos (Mc 10:45; Lc 22:24–30). Los Doce son ejemplos de lo que Jesús logra hacer en los creyentes, pero también son apartados como los líderes de este nuevo movimiento (Nelson, 255–64).

**2.4. Los doce discípulos y los demás discípulos.** Marcos ofrece pruebas de la existencia de discípulos de Jesús fuera del círculo de los Doce (Mc 3:13–15), y Mateo habla de ellos específicamente (Mt 8:19, 21), haciendo alusión a un círculo más amplio de discípulos (Mt 10:24, 25, 42) e incluso reconociendo a través del verbo *mathēteuō* que José de Arimatea «se había convertido en discípulo de Jesús» (Mt 27:57).

Lucas indica que Jesús escogió a los Doce de entre un número mucho mayor de discípulos (Lc 6:13-17), y Juan afirma que de este grupo numeroso de discípulos muchos dejaron su compromiso con Jesús y le abandonaron (Jn 6:60-66).

«Seguir a Jesús» es una expresión técnica para referirse al hecho de ser su discípulo. Algunos discípulos seguían físicamente a Jesús como discípulos en su ministerio itinerante (e. g., los Doce), mientras que un grupo más amplio de discípulos seguía a Jesús en un sentido más figurado. Este último estaba formado, entre otros, por gente del pueblo llano (Lc 6:13), diversos hombres y mujeres (Lc 8:2-3; 23:49, 55; 24:13, 18, 33), recaudadores de impuestos (Lc 19:1-10), \*escribas (Mt 8:18-21) y líderes religiosos (Mt 27:57; Jn 19:38-42). La diferencia entre los Doce y el grupo amplio de discípulos es el papel que habían sido llamados a desempeñar. Los Doce habían sido llamados a ser colaboradores de Jesús, y abandonarlo todo para seguir a Jesús era un sacrificio necesario para poder unirse a él en la proclamación del reino (Mt 10:1-15) y como período de formación para su futuro papel como apóstoles en la iglesia (Mt 19:23-30).

**2.5. Las mujeres que seguían a Jesús.** Tanto los Evangelios como Hechos destacan a varias \*mujeres que eran discípulas de Jesús (Meier, 73-80). Estas mujeres formaban parte de un grupo más amplio de discípulos que estaba alrededor de él, pero algunas de ellas acompañaban físicamente a Jesús durante su ministerio itinerante. En un recorrido de predicación a través de Galilea Jesús tenía «con él» a los Doce y a varias mujeres que habían sido sanadas por Jesús y que ahora estaban contribuyendo con su apoyo a Jesús y los Doce (Lc 8:1-3). Si bien se pueden encontrar paralelismos de mujeres que apoyan a las sinagogas, los rabinos y sus discípulos con su propio dinero, propiedades o alimentos (e. g., Josefo, *Ant.* 17.41-44; véase Cohick, caps. 5, 9), el texto indica que estas mujeres eran discípulas de Jesús (Lc 8:19-21; cf. Mt 12:49-50). Que un gran maestro tuviera discípulas era algo inusual en la Palestina del siglo I, y sin embargo estas mujeres mostraban esas dos características propias de los discípulos de Jesús: habían abandonado su vida anterior y se habían comprometido personalmente con Jesús (cf. Mc 8:34-38). Este mismo grupo de mujeres siguió a Jesús hasta \*Jerusalén, presenciaron la crucifixión y fueron las primeras en llegar a la tumba vacía (Mc 15:41, 47; 16:1; Lc 23:49, 55; 24:9).

Más adelante, en el libro de Hechos, las mujeres desempeñaron papeles importantes en la iglesia primitiva. Lucas utiliza la forma femenina de la palabra discípulo (*mathētria* [Hch 9:36]) de un modo informal, indicando que las mujeres creyentes eran denominadas habitualmente «discípulas».

**2.6. La iglesia primitiva.** El término *mathētēs* se suele emplear regularmente en Lucas-Hechos para designar a aquellas personas que han depositado su \*fe en Jesús el Mesías. En Lucas 6:13, 17 se hace referencia a una gran multitud de discípulos. Estos discípulos de Jesús eran creyentes convencidos de la condición de Jesús como Mesías y se les contrasta con la «gran multitud de gente» (Lc 6:17), que estaba interesada en Jesús pero no había manifestado un compromiso con él. Esto se puede comparar con el uso que hace Lucas de *mathētēs* en Hechos, donde habla de la multitud de «creyentes» (Hch 4:32) y la multitud de «discípulos» (Hch 6:2). En los escritos de Lucas las expresiones «aquellos que creen» y «los discípulos» se refieren al mismo grupo de personas (Hch 6:7; 9:26; 11:26; 14:21-22). Tal como se registra en Hechos, en tiempos de la iglesia primitiva el término *discípulo* se había convertido en sinónimo de verdadero creyente: todos aquellos que confesaban a Jesús como el Mesías, o, tal como se les llamó por primera vez en Antioquía, «cristianos» (*christianoi* [Hechos 11:26]).

### 3. El carácter singular del discipulado de Jesús.

El ministerio de Jesús, consistente en llamar, formar y enviar discípulos se presenta como un fenómeno histórico cautivador. Ha habido muchos intentos de clasificar su ministerio en función de otros tipos de movimientos sociales o religiosos del siglo I A. D. (e. g., como un carismático itinerante, un forajido zelote, un filósofo \*cínico, un separatista de Qumrán (un \*esenio), un rabino judío, un escriba \*apocalíptico, una figura \*profética israelita), que probablemente hayan sacado a relucir algunos paralelismos característicos auténticos (e. g., Wenthe). A simple vista, los discípulos de Jesús parecían similares a otras formas de discípulos judíos porque adoptó un fenómeno que se daba habitualmente —la relación entre un maestro y su discípulo— y la utilizó como una expresión de su tipo de relación con sus seguidores. Sin embargo, la forma concreta de discipulado de Jesús sigue resistiéndose a cualquier clasificación basada en comparaciones con otros paradigmas existentes en el siglo I A. D. A continuación esbozamos las maneras en

que Jesús desarrolló una forma única de discipulado, que se inauguró con su anuncio de la llegada del reino de Dios y la invitación a hombres y mujeres para que se convirtieran en seguidores suyos.

### 3.1. Llamado por Jesús.

3.1.1. *Respondiendo a la invitación a vivir la vida del reino.* Jesús tenía muchas de las características de un rabino judío. Enseñó en sus \*sinagogas y en \*sábado, enseñó de acuerdo con las costumbres judías, se le rindió el respeto debido a un maestro de la \*ley, sus discípulos le seguían dondequiera que iba, e incluso se le llama «rabí» (Mt 26:49; Mc 9:5; Jn 1:49). El patrón habitual en Israel parece haber sido que un discípulo en potencia se acercara a un rabino y le pidiera estudiar con él. Josué ben Perajia dijo: «Búscate un maestro y lógrate un condiscípulo» (*m. 'Abot* 1:6), frase de la que se hizo eco Gamaliel al afirmar: «Búscate un maestro y mantente lejos de la duda» (*m. 'Abot* 1:16 [cf. Mt 8:19]). Posteriores discípulos rabínicos seguían a sus maestros dondequiera que iban y a menudo imitaban físicamente la enseñanza del maestro sobre la Torá, ya que imitar al maestro era imitar el modo en que Moisés imitó a Dios (Neusner, 7).

Pero a medida que se va desarrollando el ministerio de Jesús, este comienza a establecer un tipo de discipulado que no se parece a la de los rabinos. En el caso de Jesús la iniciativa está en su llamada (Mt 4:19; 9:9; Mc 1:17; 2:14; cf. Lc 5:10–11, 27–28) y en su elección (Jn 15:16) de aquellos que llegarían a ser sus discípulos. La respuesta a la invitación implica el reconocimiento y la creencia en la identidad de Jesús (Jn 2:11; 6:68–69), la obediencia a su llamamiento (Mc 1:18, 20) y considerar el precio de una lealtad plena a él (Lc 14:25–28; Mt 19:23–30). Su llamada es el comienzo de algo nuevo. Significa perder la vida antigua que uno tenía (Mc 8:34–37; Lc 9:23–25) y encontrar una nueva vida en la familia de Dios a través de la obediencia a la voluntad del Padre (Mt 12:46–50) (véase Keener, 196–213).

3.1.2. *Considerar el coste.* Durante la vida de Jesús el llamamiento a convertirse en discípulo implicaba considerar el coste de lo que suponía serle leal; pero esto adoptaba diversas formas. Los Doce fueron llamados a dejarlo todo, incluidas la familia, la profesión y las propiedades, y seguir a Jesús en su ministerio itinerante. Este fue su período de formación para su futuro papel en la iglesia primitiva (Mt 19:23–30). Parece ser que otros, además de los Doce, también fueron llamados a esta vida itinerante

(Lc 8:2–3; 23:49, 55; Jn 6:66). Pero mientras que todos los discípulos eran llamados a calcular el coste que supondría su lealtad (Mt 8:18–22; Lc 14:25–33), el hecho de abandonarlo todo y seguir a Jesús no era para todos (e. g., Mc 5:18–19). Nicodemo y José de Arimatea al parecer se convirtieron en seguidores de Jesús en algún momento de su ministerio (Jn 3:1–14; 19:38–42), y sin embargo presumiblemente permanecieron dentro de su institución religiosa y conservaron su riqueza. Cuando se hizo necesario demostrar su fe y su lealtad a Jesús, dieron un paso al frente pidiendo el cuerpo de Jesús y proveyéndole de una sepultura (Mt 27:57–60).

3.1.3. *Jesús derriba las barreras del estatus, la religión, el género y la nacionalidad.* A diferencia de algunos grupos sectarios dentro del judaísmo, Jesús derribó las barreras que separaban a los \*puros de los impuros, a los obedientes de los pecadores. Llamó tanto al pescador como al recaudador de impuestos, e incluso a un zelote revolucionario. Indicó que judíos y gentiles se unirían a él en el banquete que se celebraría en el futuro reino (Mt 8:10–12) (véase Comunión de mesa). Entre sus seguidores más cercanos había tanto hombres como mujeres (e. g., Lc 8:1–3; 23:55). Un factor decisivo en esta clase de discipulado es que Jesús llamó hacia sí a aquellos que, a ojos de los sectarios, no parecían estar suficientemente cualificados como para tener comunión con él (Mt 9:9–13; Mc 2:13–17). Al llamar a los despreciados (Mt 9:9), sentarse a comer con los recaudadores de impuestos y \*pecadores (Mt 9:10), y tener mujeres entre su círculo de discípulos (Mt 12:49–50), Jesús demuestra que han sido adoptados para ser discípulos suyos y tener comunión con \*Dios (Dunn, cap. 4).

3.2. *Siguiendo a Jesús.* Durante el ministerio terrenal de Jesús los discípulos debían «seguir» a Jesús, una forma de lealtad hacia su persona que se considera como el acto decisivo, tanto si se trata de un apego literal como figurado.

3.2.1. *Apego a Jesús: un discípulo de Jesús es siempre un discípulo de Jesús.* Los discípulos judíos seguían a sus maestros y con frecuencia les imitaban. La meta de los discípulos judíos era convertirse algún día en maestros, o rabinos, y contar con sus propios discípulos que les siguieran. Pero los discípulos de Jesús debían seguir siendo discípulos de su maestro y seguirle sólo a él (Mt 23:1–12). Para Jesús, el discipulado no era simplemente un programa académico o religioso. El discipulado era una vida que había comenzado como

una relación con él como maestro y que afectaba todas las áreas de su experiencia. Aunque a los discípulos se les debía enseñar a obedecer todo lo que Jesús había mandado (Mt 28:20), y es probable que memorizaran gran parte de su enseñanza y la transmitieran como la tradición de la iglesia, los discípulos estaban más comprometidos con su persona que con su enseñanza (Rengstorf, 447). Seguir a Jesús significa estar junto a él y servirle en su \*misión.

3.2.2. *Seguir considerando el coste.* Si bien el hecho de comprometerse inicialmente con Jesús ya demandaba que el futuro discípulo considerara el coste, seguir a Jesús requiere que los discípulos continúen ponderando el coste (Mc 8:34). Los discípulos deben negarse a sí mismos cada día, tomar la cruz y seguir a Jesús (Lc 9:23). Es posible que alguien no sea un verdadero discípulo de Jesús aunque externamente esté viajando con él (e. g., Judas Iscariote). Por tanto, el desafío no va dirigido únicamente a la multitud, sino también a los discípulos (Mt 10:37-39; 16:24-26; Mc 8:34-9:1; Lc 9:23-27).

3.2.3. *Haciéndose como Jesús.* Jesús declaró que ser un discípulo es convertirse en alguien como el maestro (Mt 10:24-25; Lc 6:40). Llegar a ser como Jesús incluye salir al mundo con el mismo mensaje, ministerio y compasión (Mt 10:5-42), practicando las mismas tradiciones religiosas y sociales (Mt 12:1-8; Mc 2:18-22), perteneciendo a la misma familia de obediencia (Mt 12:46-49), ejerciendo el mismo servicio de siervo (Mt 20:26-28; Mc 10:42-45; Jn 13:12-17), y experimentando el mismo sufrimiento (Mt 10:16-25; Mc 10:38-39). Este aspecto del discipulado de Jesús prepara el camino para el lenguaje de la «transformación» que aparece de manera destacada en las epístolas paulinas, a medida que los creyentes son transformados a imagen de Cristo (Rom 8:29; 2 Cor 3:18; Gal 4:19).

3.2.4. *Creciendo en el discipulado.* Los evangelistas testifican unánimemente de las imperfecciones de los discípulos, tanto del grupo más amplio como de los Doce. Pero al propio tiempo dan fe del crecimiento de los discípulos. Los evangelistas ofrecen una imagen realista de los rasgos buenos y malos de los discípulos, y sin embargo también muestran cómo Jesús los enseñó (Mc 4:10-12), corrigió (Mt 16:5-12), amonestó (Mt 17:19-20), apoyó (Lc 22:31-34), reconfortó (Jn 20:19-22) y restauró (Jn 21:15-19). A su vez, los discípulos podían convertirse en ejemplos de lo que Jesús desea hacer por la \*iglesia (Mt 28:19-

20). Todos aquellos que de verdad creyeron fueron llamados «discípulos» en tiempos de Jesús, y son ejemplos de cómo los cristianos de hoy pueden y deberían crecer en el discipulado (Lunde).

3.3. *Comisionados por Jesús.* Jesús dedicó su ministerio terrenal a «hacer discípulos» dentro de Israel (Jn 4:1), y les encomendó a sus discípulos que «hicieran discípulos» entre las naciones (Mt 28:16-20). «Hacer discípulos» consiste en proclamar el mensaje del evangelio entre aquellos que todavía no han recibido el perdón de sus pecados, con la intención de que se conviertan en discípulos de Jesús (cf. Lc 24:46-47; Jn 20:21). Este mandamiento encuentra un cumplimiento extraordinariamente literal en las actividades de la iglesia primitiva (e. g., Hch 14:21), donde los discípulos fueron desde Jerusalén hasta Judea, luego a Samaria y después hasta lo último de la tierra proclamando el mensaje de Jesús y haciendo discípulos (véase Misión). En la iglesia primitiva, creer en el mensaje del evangelio era convertirse en discípulo (cf. Hch 4:32 con Hch 6:2).

#### 4. Los énfasis de los autores de los Evangelios.

Cada uno de los cuatro Evangelios presenta el registro de la vida de Jesús desde una perspectiva distinta. Asimismo, cada Evangelio ofrece una perspectiva diferente sobre sus acompañantes más próximos, esto es, sus discípulos. Cada Evangelio se centra en aspectos característicos que nos ayudan a comprender el propósito de Jesús al llamar y formar a sus discípulos. Cuando combinamos todos estos bosquejos de los discípulos en cada Evangelio obtenemos una visión completa de lo que Jesús pretendía que significara el discipulado.

4.1. *Mateo: ejemplos con una comisión.* Mateo considera a los discípulos de Jesús desde perspectivas alternativas que subrayan sus propósitos teológicos. En ocasiones Mateo deliberadamente proyecta una imagen muy positiva de los discípulos incluyendo el término «discípulos» cuando este está ausente en los pasajes paralelos (Mt 12:49), pero otras veces incluye el término de tal manera que los discípulos aparecen señalados por algo negativo que no se especifica en los mismos pasajes de los demás Evangelios (Mt 26:56). A veces Mateo omite referirse al hecho de que los discípulos comparten la culpa de Pedro (Mt 16:23), mientras que en otras ocasiones se les señala como partícipes de su culpa (Mt 14:31). Hay veces en que parece que Mateo intencionadamente transmite la

## Discípulos y discipulado

---

conexión tradicional de los discípulos con el título apostólico de «los Doce» (Mt 10:1), pero otras da a entender que se trata de un círculo más amplio de discípulos (Mt 8:21; 12:49–50; 27:55–57).

*4.1.1. Comprendiendo la enseñanza de Jesús.* Mateo ha organizado su material sobre los discípulos de manera que se acentúe el papel de Jesús como maestro de sus discípulos. Cada uno de los discursos principales va dirigido primordialmente a los discípulos (Mt 5:1; 10:1; 13:10, 36; 18:1; 23:1; 24:1–3), y a menudo las secciones didácticas se transforman en perícopas explícitas de enseñanza a los discípulos mediante la inclusión del término «discípulo» (Mt 8:21, 23; 9:27; 10:42; 12:49; 13:10; 15:23; 16:5; 17:6, 10; 18:1; 19:10; 21:20; 24:3; 26:8, 40, 45). En al menos tres ocasiones la enseñanza de Jesús acaba en una declaración explícita que los discípulos entienden (Mt 13:51; 16:12; 17:13), mientras Marcos dice que los discípulos no lo comprenden (Mc 6:52; 8:21; 9:10, 32). Algunos especialistas toman este contraste entre la «comprensión» de los discípulos en Mateo y la «incomprensión» en Marcos como una indicación de que Mateo ha idealizado a los discípulos omitiendo o rebajando cualquier aspecto peyorativo sobre ellos. Pero es más bien lo contrario; aunque no se centre en el fracaso de los discípulos (e. g., Mt 8:25; 13:16; 14:23), Mateo habla explícitamente de lo deficiente de su fe (Mt 14:31; 16:8, 22–23; 17:20) y de hecho presenta aspectos negativos de los discípulos (e. g., Mt 26:8, 56). La censura de Jesús hacia sus discípulos resalta su continua incomprensión, pero también le asegura al lector que la continua presencia y enseñanza de Jesús estará con la comunidad para llevarla a un discipulado más auténtico (Brown; *contra* Luz, cap. 7).

*4.1.2. Ejemplos de existencia cristiana.* Mateo no ha pretendido que los discípulos sean un paradigma idealista. Muestra rasgos tanto positivos como negativos. El aspecto positivo, que está especialmente presente en las enseñanzas sobre el discipulado, muestra lo que les sucederá a los verdaderos discípulos que obedecen y siguen plenamente a Jesús. Los rasgos negativos señalan lo que puede sucederle a los discípulos que no se identifican con Jesús en su obediencia a la voluntad del Padre (e. g., tropiezan [Mt 16:23], huyen [Mt 26:56], se duermen [Mt 26:40, 45], actúan con una audacia atrevida [Mt 26:35]). Los discípulos, a los que se presenta de manera positiva y negativa (Mt 15:23; 16:5–12, 19; 17:6–7; 19:13–15), se convierten en ejemplos de seguidores

imperfectos de Jesús a los que se enseña cómo crecer en su solidaridad con Jesús. Y como ejemplo para la iglesia de Mateo, se convierten en una demostración muy práctica y realista de lo que significa que a uno le llamen «discípulo» (Mt 28:16, 19).

*4.1.3. Con Jesús o contra él.* Hay tres grupos — los discípulos de Jesús, las multitudes y los líderes judíos— que sirven de trasfondo a la historia mateana de Jesús. Los dirigentes judíos son los antagonistas, aquellos que están en contra de Jesús y que comparten la responsabilidad con los romanos por la crucifixión de Jesús. Las multitudes son básicamente un grupo neutral que es objeto del ministerio de predicación, enseñanza y curaciones de Jesús, pero como grupo no deposita su fe en él. Al principio las multitudes se maravillan de la enseñanza y los milagros de Jesús (Mt 7:28–29; 9:8) y reciben la atención compasiva del Maestro (Mt 9:35–38; 14:13–14), aparentemente tomando partido por él. Acudían a él para ser sanados (Mt 15:29–31) y escuchar su enseñanza (Mt 5:28–29), pero cada vez más demuestran su terquedad (cf. Mt 13:2–3, 10–17, 34–36), hasta que al final los líderes judíos persuaden a las multitudes para que pidan la muerte de Jesús (Mt 27:15–25).

Los discípulos son los verdaderos seguidores de Jesús, los verdaderos creyentes. Sólo los discípulos están «con» Jesús como seguidores suyos tras la resurrección, incluidas las mujeres, que son los primeros testigos (véase Love, 186–219). Después de su \*resurrección Jesús envía a los discípulos a las naciones para que hagan discípulos de ellas (Mt 28:16–20).

*4.1.4. Simón Pedro.* Dado que los discípulos operan en el Evangelio de Mateo como un ejemplo, tanto positivo como negativo, de lo que significa ser un discípulo, el retrato de Simón Pedro que aparece en el Evangelio de Mateo proporciona un ejemplo personalizado de discipulado para la iglesia mateana. La mayor parte del tiempo Mateo presenta a los discípulos como una unidad colectiva anónima, sin rostro. Pedro destaca muchísimo frente a este fondo de anonimato, siendo el único discípulo mencionado por nombre que se convierte en centro de especial atención. Su papel es muy parecido al que tiene los discípulos como grupo: el de ejemplo. En sus puntos fuertes y sus debilidades puede ser un ejemplo para la iglesia de Mateo; de manera que Mateo acentúa el elemento auténticamente humano en Pedro. La iglesia encontraría muchas cosas en común con las características típicamente humanas de Pedro. En

su parecido con los creyentes corrientes, con sus altibajos, sirve como medio para instruir a la iglesia en la senda del discipulado.

Asimismo, Pedro desempeña esta función para los líderes de la iglesia mateana. En su éxito y su fracaso como líder, Pedro es un caso práctico muy instructivo para el liderazgo de la iglesia de Mateo. En varias ocasiones las preguntas y respuestas de Pedro a Jesús en nombre del resto de los discípulos eran asuntos que todavía resultaban relevantes para la iglesia de los tiempos de Mateo (e. g., Mt 15:15; 17:24–25; 18:21). Mientras Jesús instruye a Pedro, también imparte instrucción para la iglesia y sus dirigentes. Pedro desempeñará un papel fundacional en el establecimiento de la iglesia, pero el foco sigue colocándose sobre Jesús, quien afirma: «Yo edificaré mi iglesia» (Mt 16:18). Del mismo modo que Jesús había llamado a Pedro, le había corregido e instruido, así también lo haría con la iglesia (Wilkins 1992, cap. 5; Meier, 221–45; de forma más general sobre Pedro, véase Wiarda).

4.1.5. *Encomendados a hacer discípulos.* Mateo concluye su Evangelio con la comisión de Jesús de «hacer discípulos» entre las naciones (Mt 28:18–20). La orden es dada al menos a los once discípulos restantes (Mt 28:16–17), y al mandarlos a «hacer discípulos de todas las naciones», Jesús les está diciendo que continúen con la tarea de hacer discípulos que él había comenzado con ellos.

El imperativo «hacer discípulos» (*mathēteusate*) implica tanto la llamada al discipulado como el proceso de crecimiento en el mismo. Mientras los hombres y las mujeres son llamados de entre las naciones a comenzar la vida como discípulos, a su vez deben seguir a Jesús a través del bautismo y de la obediencia a su enseñanza. Los participios «bautizando» (*baptizontes*) y «enseñando» (*didaskontes*) describen actividades a través de las cuales el nuevo discípulo crece en su discipulado. El crecimiento en el discipulado incluye tanto la identificación con la muerte y resurrección de Jesús (bautismo) como la obediencia a todo lo que Jesús mandó a los discípulos durante su ministerio en la tierra (enseñándoles a obedecer todo lo que Jesús ordenó).

Jesús concluye la comisión con el elemento crucial del discipulado: la presencia de su maestro («Y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» [Mt 28:20]). Mientras el nuevo discípulo es bautizado y enseñado a obedecer todo lo que Jesús mandó, Jesús está presente. Aquellos que obedecen el

mandamiento se sienten reconfortados al saber que el Jesús resucitado continuará transformando a todos sus discípulos. Jesús, el maestro, está siempre presente para que sus discípulos le sigan.

4.1.6. *Un manual sobre el discipulado.* El Evangelio de Mateo es, al menos en parte, un manual sobre el discipulado. Durante el proceso de transmisión de su tradición sobre los discípulos, Mateo exalta a Jesús como el supremo \*Señor y maestro de los discípulos históricos y de la comunidad postpascual. Aunque los discípulos son susceptibles de no comprender (como ocurre en Marcos), Mateo hace hincapié en que la enseñanza de Jesús podía traer comprensión si tan sólo obedecían. Hay varios factores que apuntan a la intención de Mateo de proporcionar en su Evangelio recursos para el discipulado: (1) los discursos principales van dirigidos, al menos parcialmente, a los discípulos (Mt 5:1–2; 10:1–2; 13:10; 18:1; 23:1–3); (2) la mayoría de los dichos dirigidos a los discípulos son, de hecho, enseñanzas sobre el discipulado; (3) se presenta a los discípulos de una manera básicamente positiva, aunque también realista; y (4) los discípulos son llamados, formados y comisionados para que desempeñen el mandamiento crucial de «hacer discípulos» (Mt 28:19). Se define claramente cuál es la meta de la vida de fe del creyente y se equipa al discípulo para que haga más discípulos.

#### 4.2. Marcos: *siervos del siervo redentor.*

4.2.1. *Perfiles opuestos.* Marcos revela los perfiles opuestos de los discípulos, lo que le lleva a retratarlos de un modo que tal vez resulte el más ambiguo de todos los relatos evangélicos (véase Henderson, 3–27; Wilkins 2004, 51–53). Por otro lado, se ofrece una imagen positiva de los discípulos cuando se presenta como personas especialmente seleccionadas y comisionadas con \*autoridad por Jesús (Mc 1:16–20; 3:13–19a) para oír los secretos del reino (Mc 4:10–12) y promover su ministerio (Mc 3:14–15; 6:7–13, 35). Empoderados por Jesús para desarrollar su ministerio en Israel, los discípulos hacen lo que hace Jesús: predicar, \*sanar y echan fuera \*demonios.

Por otra parte, los discípulos se presentan en términos poco favorecedores cuando, a pesar de haber sido iluminados y empoderados, se ve que siguen sin entender. No comprenden la enseñanza de Jesús mediante parábolas (Mc 4:13; 7:17–18), no llegan a entender la verdadera identidad de Jesús como el \*Hijo de Dios que calma el mar (Mc 4:35–41; 6:45–52)

y no perciben el potencial de Jesús para alimentar a las multitudes de forma sobrenatural (Mc 6:34-44; 8:1-10). Y lo que es peor aún, los discípulos no entienden de verdad la naturaleza del ministerio o la enseñanza de Jesús (Mc 8:14-21), que en esencia llevan implícito el camino de la cruz (Mc 8:31-33; 9:30-32) a través del servicio (Mc 10:32-45). Esta incompreensión finalmente lleva a Judas a traicionar a Jesús (Mc 14:43-46), a los discípulos a abandonarle (Mc 14:50) y a Pedro a negarle (Mc 14:54, 66-72). En la tumba vacía «solamente tres mujeres representan a una escasa minoría de seguidores fieles» (Henderson, 248).

4.2.2. *Pensando en las cosas de Dios.* Si bien Marcos tiene en alta estima a los discípulos, emplea sus fallos para instruir a su comunidad (Best, 15-16). Así, Marcos se ocupa de un hecho histórico: durante la vida de Jesús aquí en la tierra los discípulos no llegaron a entenderlo completamente. Marcos utiliza a los discípulos históricos para mostrar a sus lectores lo difícil que resulta el misterio de Jesús y la cruz. A través del desarrollo de su trama, Marcos establece un contraste entre dos puntos de vista fundamentalmente opuestos en cuando a su mensaje evangélico: «pensar en las cosas de Dios» y «pensar en las cosas de los hombres» (cf. Mc 8:33). La respuesta de los discípulos a Jesús ocupa una parte importante de la trama. Ellos habían sido especialmente llamados para seguir a Jesús y responder a él como el único que efectivamente proclama el «evangelio de Dios» (Mc 1:14). A ellos se les concedió el misterio del reino; ellos experimentaron en sus propias vidas la actividad redentora de Dios. Aun estando al corriente de una enseñanza especial y siendo incluso empoderados para actuar en el nombre de Jesús para predicar el \*evangelio, sanar, exorcizar y enseñar, no acabaron de comprender. Llegaron a estar confusos y temerosos. Cuando llegó la adversidad, los discípulos manifestaron incredulidad y dureza de corazón. Esta confusión socavó la percepción básica de quién era Jesús, así como las implicaciones de la identidad de Jesús para la vida de discipulado (Guelich, 434). Sin embargo, la escena de la resurrección da cumplimiento a las predicciones de Jesús (Mc 9:9; 14:28) y obliga al lector a proyectar la reconciliación de los discípulos y Pedro con Jesús, ya que le verán en Galilea, tal como les dijo (Mc 16:7). La convocatoria en Galilea ofrece la seguridad de que Pedro y los discípulos, a pesar de negar y abandonar a Jesús, no han sido rechazados por el

Señor resucitado. Deben continuar pensando en las cosas de Dios (Hooker, 11-28).

4.2.3. *La grandeza de ser siervo.* Aunque Jesús ha venido como el Hijo real, ungido por el Espíritu y prometido por Dios para anunciar e inaugurar el reino, Marcos escribe para corregir a aquellos que se sienten tentados a contemplar la \*gloria de la consumación final del reino en lugar de sus vulnerables inicios. El reino está aquí de un modo oculto, y Jesús el Mesías, el Hijo de Dios (Mc 1:1), debe ser entendido desde el punto de vista del sufrimiento y de la cruz (Mc 8:31-33; 9:30-32; 10:32-34). La afirmación fundamental del servicio en Marcos 10:45 declara la esencia del ministerio de Jesús (véase Siervo de Yahvé). Si comprenden esto, los discípulos entenderán la esencia del discipulado como servicio, incluidos su motivación, posición, ambición, expectativas y ejemplo (cf. Mc 9:33-37; 10:35-45 dentro de la sección general sobre el discipulado de Mc 8:27-10:45). El discípulo que tiene el privilegio de ser un miembro del reino de Jesús es un siervo, lo que significa pensar los pensamientos de Dios (Mc 8:31-33), andar en pos de la vida de la cruz (Mc 8:34-38) a través del mensaje (Mc 9:1-8) y el ejemplo de Jesús (Mc 9:9-32), y por lo tanto rechazando el estatus (Mc 9:33-37), el exclusivismo (Mc 9:38-10:16) y los tesoros de este mundo (Mc 10:17-31). En el Evangelio de Marcos, los discípulos son miembros privilegiados del reino de Dios, y su incompreensión procede de sus expectativas mundanas. La instrucción sobre el discipulado los lleva a pensar a la manera de Dios, al camino del sufrimiento y la cruz a través del servicio. Como único maestro de sus discípulos, Jesús proporciona el verdadero paradigma del discipulado. L. Hurtado lo dice muy bien: «Marcos convierte a Jesús en el único modelo adecuado de discipulado» (Hurtado, 25 [véase también Danove]).

4.3. *Lucas: seguidores que recorren un camino costoso.* Para percibir la manera que tiene Lucas de entender el discipulado hace falta tomar en consideración el uso literario tanto en el Evangelio como en Hechos, así como comparar el Evangelio de Lucas con los otros Sinópticos.

4.3.1. *Distintivos lucanos.* El uso del término «discípulo» en el Evangelio de Lucas prefigura su uso en Hechos. A la gran multitud de discípulos en Lucas 6:13, 17 se la distingue de la «gran multitud de gente» (Lc 6:17). En contraste con las multitudes, a las que se podría denominar «los curiosos», los discípulos

son creyentes convencidos en Jesús. En Hechos, «discípulo» (Hch 6:1-2, 7; 9:10, 26; 11:26; 14:21-22; 15:10; 16:1) se utiliza como sinónimo de «creyentes» en Cristo (cf. «creyentes» [Hechos 4:32]; «discípulos» [Hechos 6:2]). Discípulos son todos aquellos que confiesan a Jesús como el Mesías. El término se emplea como sinónimo de «cristianos» (Hch 11:26; 26:28), «santos» (Hch 9:13, 32, 41) y «nazarenos» (Hch 24:5).

La imagen de los discípulos en el Evangelio de Lucas presenta muchas similitudes con las que encontramos en Mateo y Marcos, pero también se producen diferencias. Las diferencias más notables son: (1) los relatos del llamamiento de los primeros seguidores de Jesús (Lc 5:1-11; cf. Mt 4:18-22; Mc 2:16-18); (2) la mención de un gran número de discípulos que nunca aparecen en Mateo o Marcos (Lc 6:13, 17, 19; 19:37-39); (3) el hecho de que Jesús envía no sólo a los Doce (Lc 9:1-6; cf. Mc 6:6b-13; Mt 10:1-15) sino también a otros setenta (y dos) (Lc 10:1-16); (4) un viaje de predicación a través de Galilea durante el cual Jesús no sólo tenía «con él» a los Doce sino también a varias mujeres seguidoras suyas a las que había sanado y que ahora contribuían apoyándolos a él y a los Doce (Lc 8:13); (5) el escándalo de la negación de Pedro se ve un tanto atemperada por la \*oración de Jesús por Pedro y la insinuación de su futuro papel como reforzador de los demás discípulos (Lc 22:31-32); (6) la omisión de la devastadora declaración de que todos los discípulos abandonaron a Jesús y huyeron cuando se produjo la traición en \*Getsemaní (Lc 22:53-54; cf. Mt 26:56; Mc 14:50); (7) su inclusión de una declaración sobre un grupo de hombres que conocían a Jesús y estaban con las mujeres de Galilea en la crucifixión (Lc 23:49: *pantes hoi gnōstōi* [masc. pl.]; cf. Mt 27:55-56; Mc 15:40-41) (véase Fitzmyer, 117-45).

4.3.2. *Seguidores del Camino*. «Seguir a Jesús» es una expresión sinónima para el discipulado, pero Lucas hace una descripción singular de ese fenómeno: los discípulos de Jesús son seguidores en «el camino». Para Lucas, la propia salvación es «el camino» (*hē hodos*), un tipo de vida revelado por Dios. Esta idea de la salvación como «el camino» lleva a que en Hechos se llame a la comunidad cristiana «el Camino» (Hch 9:2; 19:9, 23; 22:4; 24:14, 22), una designación o título tempranos para la comunidad organizada de discípulos, que en último término se conoce como «la iglesia». Así pues, los discípulos deben entrar y recorrer ese camino, siguiendo las pisadas del maestro.

4.3.3. *Entrada al Camino*. Tanto en su Evangelio como en Hechos, Lucas enfatiza que la entrada en el camino de la salvación y el discipulado se encuentra mediante la fe (Lc 7:50; 8:48; 17:19; cf. Hechos 10:43; 13:38-39; 16:31). Más que los demás evangelistas, Lucas hace hincapié en que la verdadera fe se caracteriza por «considerar el coste», tanto positiva como negativamente, de lo que entraña la vida del discipulado. Considerar el coste negativamente significa reconocer que uno entra en la vida de discipulado a través de la renuncia a todas las otras lealtades y ofreciendo su lealtad absoluta a Jesús como maestro. Un pasaje clave es Lucas 14:25-33, donde Jesús se dirige a las multitudes y les habla de las condiciones para entrar en el discipulado. Las multitudes todavía no han comenzado a seguir a Jesús, y antes de comprometerse Jesús les dice que deben considerar el coste. Nada más puede evitar que la atención del discípulo esté centrada en la lealtad a Jesús: ni la familia (Lc 14:26), ni la propia vida (Lc 14:27), ni nada en absoluto (Lc 14:33). Adentrarse en el camino del discipulado significa entrar por la puerta estrecha de la salvación (Lc 13:22-30) para seguir únicamente a Jesús (Lc 9:23; 14:27).

Considerar el coste positivamente significa reconocer que el \*amor a Dios —la lealtad absoluta a él— ocupa el centro de la fe. Un pasaje clave es Lucas 10:25-37, donde un hombre de leyes vino a Jesús preguntando cómo conseguir la vida eterna. Este hombre entendió correctamente que para conseguir la vida eterna el corazón, el alma, la mente y las fuerzas de una persona debían centrarse en amar a Dios, y que la demostración práctica del amor a Dios consistía en amar al prójimo como a uno mismo. Considerar el coste en el sentido positivo significa reconocer que el amor a Dios y al prójimo es la prueba de que uno ha asumido un compromiso incondicional con Jesús y su camino.

4.3.4. *Recorriendo el Camino*. El discipulado comienza entrando en el camino de la salvación, y avanza a medida que uno transita por «el camino». Lucas especifica que la negación de uno mismo, tomar la cruz y seguir a Jesús caracterizan no sólo la entrada en el camino sino también la vida en el camino. Mediante el añadido de «cada día» al dicho sobre tomar la cruz, el Jesús lucano invita a una negación diaria del yo, a llevar la cruz diariamente y a seguir cada día los pasos del maestro (Lc 9:23; cf. Mc 8:34). La vida en el camino implica ser hacedores

## Discípulos y discipulado

---

de la palabra (Lc 11:27–28), porque no todos los que están recorriendo el camino pertenecen de verdad al camino. Las declaraciones públicas de compromiso deben ser juzgadas por el fruto de la vida de la persona (Lc 6:43–49; 19:11–27). Ese fruto consiste, al menos en parte, en amar y hacer el bien a otros (Lc 6:17–36), administrar adecuadamente las posesiones materiales (Lc 6:35; 8:3), servir (Lc 22:24–30), orar (Lc 10:2; 11:1; 18:1–8) y dar testimonio del camino (Lc 9:1–6; 10:1–12, 17–20; 12:8–12; 14:23–24; 24:44–49).

Cuando se interpretan en el contexto del marco social y religioso del siglo I A. D., estas demandas nos permiten ver que Jesús estaba llamando a una clase distinta de discipulado. Convertirse en discípulo de Jesús no era un cambio vocacional o una afiliación política, ni siquiera sentir una nueva estimulación por Dios; era enfrentarse a la decisión eterna de si se iba a seguir a Jesús como el camino a la vida eterna. Cualquier otra vinculación o compromiso, fuera familiar, religioso o económico, era la sustitución de Jesús por otro maestro.

**4.4. Juan: creyentes marcados por Jesús.** Pese a emplear metodologías distintas, existe un acuerdo general entre los especialistas sobre los tres aspectos fundamentales del discipulado desde la perspectiva joánica (Segovia, 90–92; véase también Chennattu, 1–22).

**4.4.1. Reconocimiento y creencia.** Aquí hay que decir tres cosas. Primera, la característica central del discípulo es la creencia o aceptación de las afirmaciones de Jesús con respecto al Padre. Los discípulos, en especial los Doce (Jn 6:67, 70; 13:18; 15:16, 19; cf. Jn 6:64, 66), son típicamente aquellos que desde el principio reconocen, aclaman y creen en Jesús por ser quien es (Jn 1:41, 45, 49; 6:69; 13:13; 20:28–31; 21:7, 12b; cf. Jn 20:31). Después de las primeras señales de Jesús y las manifestaciones de su gloria, sus discípulos creyeron en él. Este tipo de fe difiere cualitativamente de la creencia de otros que observan sus señales milagrosas en Jerusalén. Jesús considera su fe como deficiente y no confía en ellos (Jn 2:23–25).

Segundo, la fe que se presenta debe ir acompañada y pasar necesariamente por un proceso gradual de comprensión y percepción. Los discípulos carecen de una comprensión completa de «la hora» del ministerio de Jesús (Jn 2:21–22; 4:27, 33; 6:60; 9:2; 10:6; 11:8, 11–15; 12:16; 13:36; 14:5, 8, 22; 16:17–18), pero a través del ministerio y la enseñanza de Jesús (Jn 6:67–71; 9:2–7; 11:5–45), de las apariciones tras su resurrección (Jn

20:8–10, 17–18, 19–21) y de la recepción del Espíritu (Jn 20:19–23) finalmente comprenden el estatus completo de Jesús como «Señor y Dios» (Jn 20:28).

Tercero, se establece un permanente y deliberado contraste entre creyentes y no creyentes, entre discípulos y no discípulos. El no discípulo, el no creyente, forma parte del «mundo» incrédulo. Aunque por definición la categoría de «mundo» incluye a cualquiera que rechaza las pretensiones de Jesús, esa categoría se convierte prácticamente en sinónimo de «los judíos» como pueblo y líderes que se oponen a Jesús, lo que da pie a la aparición de un contraste muy concreto entre los discípulos que creen y los judíos incrédulos (Jn 1:10–11; 3:19; 7:4, 7; 8:23; 12:31; 14:17, 19, 22, 27, 30, 31; 18:36).

**4.4.2. Una fe deficiente.** Tras un discurso que muchos de sus discípulos encuentra especialmente duro de aceptar (Jn 6:60), Jesús condena a esos discípulos por su incredulidad (Jn 6:64). Al parecer estos discípulos están siguiendo a Jesús porque se trataba de un fascinante nuevo milagrero y maestro, y, al igual que en Juan 2:23–25, Jesús reconoce lo deficiente de su fe. Ellos han asumido algún tipo de compromiso con Jesús, pero cuando su enseñanza no se ajusta a sus expectativas, lo abandonan (Jn 6:66).

**4.4.3. Marcas de creer.** Una vez que este grupo de discípulos de Jesús se marcha, Jesús les pregunta a los Doce si ellos también quieren dejarle. Simón Pedro da un paso al frente para ofrecer una clara declaración de lo que significa para los Doce seguir a Jesús: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Jn 6:68–69). Creer es estar convencido de la identidad de Jesús y de la verdad de sus palabras. Desde este punto en adelante el Evangelio de Juan utiliza la palabra «discípulo» solamente para referirse a aquellos que profesan creer en Jesús para la vida eterna. Además, Juan recoge tres dichos de Jesús que sirven para probar la realidad de la fe de los discípulos. La fe interior provocará un cambio tan radical que la vida exterior mostrará evidencias de esa fe.

La primera marca del auténtico discípulo es «permanecer» (*menō*) en Jesús y en sus palabras (e. g., Jn 6:56; 8:31; 15:4) (véase Permanecer). Aunque algunos judíos creen en Jesús, el contexto que sigue indica la naturaleza de su fe: necesitan ser liberados de su pecado (cf. Jn 8:32 con Jn 8:33–36), tratan de

matarle (Jn 8:37), su Padre es el diablo (Jn 8:42–44), no son de Dios (Jn 8:47) e intentan apedrear a Jesús (Jn 8:59). La fe de estos judíos es deficiente, parecida a los que creyeron de manera deficiente en Juan 2:23–25. El verdadero discipulado, la auténtica fe, se demostrará permaneciendo en las palabras de Jesús. Esto significa ir más allá de la mera curiosidad y convencerse de la verdad de las palabras de Jesús para el significado y propósito de la vida (cf. Jn 6:66–69). La prueba de la fe verdadera se ve en los discípulos que se aferran a la palabra de Jesús como la verdad para cada área de la vida. Los verdaderos discípulos son liberados de la esclavitud al pecado a través de la palabra liberadora de Jesús.

Amarse unos a otros, tal como Jesús los ha amado, es la segunda marca identificadora del verdadero discípulo-creyente (Jn 13:34–35; cf. Jn 15:12–17). El amor de los discípulos los unos por los otros muestra que son discípulos de Jesús y que no pertenecen al mundo de la humanidad. Puesto que el contraste es entre el mundo y los discípulos, aquí se incluye a todos los discípulos. El amor no es la prueba de un compromiso superior; el amor a otros discípulos es la prueba de que uno es creyente.

La tercera marca del discípulo es una vida que lleva fruto (Jn 15:8). El verdadero discípulo-creyente llevará el fruto de la nueva vida y misión porque la verdadera transformación de la vida reside en la rama (véase Köstenberger, 184–85). El incrédulo no llevará fruto, ya que las ramas que no tienen vida no pueden dar fruto. Al final, las ramas que no llevan fruto serán cortadas y arrojadas al fuego (Jn 15:6): una imagen que coincide con otras representaciones del destino final de los no creyentes.

### 5. Conclusión.

Jesús tomó un fenómeno habitual en el mundo antiguo —la relación entre un maestro y su discípulo— y en el transcurso de su ministerio le dio una forma distinta para expresar su tipo de discipulado. Para entender y practicar el discipulado de una manera clara debemos fijarnos primero en la imagen de Jesús con sus discípulos que se desprende de los Evangelios, y así comprender lo que significa para el discipulado hoy: vivir una vida plenamente humana en este mundo en unión con Jesucristo y creciendo conforme a su imagen (Wilkins 1992, 41–42).

Véase también APÓSTOL; DISCÍPULO AMADO; FAMILIA; REINO DE DIOS, REINO DE LOS

CIELOS; MISIÓN; GENTE, MULTITUD; ESCLAVO, SIERVO; MUJERES.

BIBLIOGRAFÍA. **E. Best**, *Disciples and Discipleship: Studies in the Gospel According to Mark* (Edimburgo: T & T Clark, 1986); **J. K. Brown**, *The Disciples in Narrative Perspective: The Portrayal and Function of the Matthean Disciples* (SBLAB 9; Atlanta: Society of Biblical Literature, 2002); **R. M. Chennattu**, *Johannine Discipleship as a Covenant Relationship* (Peabody, MA: Hendrickson, 2006); **L. H. Cohick**, *Women in the World of the Earliest Christians: Illuminating Ancient Ways of Life* (Grand Rapids: Baker Academic, 2009); **P. L. Danove**, *The Rhetoric of the Characterization of God, Jesus, and Jesus' Disciples in the Gospel of Mark* (JSNTSup 290; Edimburgo: T & T Clark, 2005); **J. D. G. Dunn**, *Jesus' Call to Discipleship* (Cambridge: Cambridge University Press, 1992); **J. A. Fitzmyer**, *Luke the Theologian: Aspects of His Teaching* (Nueva York: Paulist Press, 1989); **R. A. Guelich**, *Mark 1–8:26* (WBC 34A; Dallas: Word, 1989); **S. W. Henderson**, *Christology and Discipleship in the Gospel of Mark* (SNTSMS 135; Cambridge: Cambridge University Press, 2006); **M. Hengel**, *The Charismatic Leader and His Followers*, trad. J. C. G. Greig (Nueva York: Crossroad, 1981); **M. D. Hooker**, *Endings: Invitations to Discipleship* (Peabody, MA: Hendrickson, 2003); **L. W. Hurtado**, «Following Jesus in the Gospel of Mark—and Beyond», en *Patterns of Discipleship in the New Testament*, ed. R. N. Longenecker (Grand Rapids: Eerdmans, 1996) 9–29; **C. S. Keener**, *The Historical Jesus of the Gospels* (Grand Rapids: Eerdmans, 2009); **C. Keith**, *Jesus' Literacy: Scribal Culture and the Teacher from Galilee* (LNTS 413; Londres: T & T Clark, 2011); **A. J. Köstenberger**, *The Missions of Jesus and the Disciples according to the Fourth Gospel: With Implications for the Fourth Gospel's Purpose and the Mission of the Contemporary Church* (Grand Rapids: Eerdmans, 1998); **S. L. Love**, *Jesus and Marginal Women: The Gospel of Matthew in SocialScientific Perspective* (Matrix: The Bible in Mediterranean Context 5; Eugene, OR: Cascade, 2009); **J. Lunde**, *Following Jesus, the Servant King: A Biblical Theology of Covenantal Discipleship* (Grand Rapids: Zondervan, 2010); **U. Luz**, *Studies in Matthew*, trad. R. Selle (Grand Rapids: Eerdmans, 2005); **S. McKnight**, «Jesus and the Twelve», en *Key Events in the Life of the Historical Jesus: A Collaborative Exploration of Context and Coherence*, ed. D. L. Bock y R. L. Webb (WUNT 247; Tübinga: Mohr Siebeck, 2009) 181–214; **J. P. Meier**, *A Marginal*

*Jew: Rethinking the Historical Jesus*, 3: *Companions and Competitors* (Nueva York: Doubleday, 2001) - existe edición castellana: Un judío marginal. Nueva visión del Jesús histórico. Tomo III: Compañeros y competidores (Estella: Verbo Divino, 2003); **P. K. Nelson**, *Leadership and Discipleship: A Study of Luke 22:24-30* (SBLDS 138; Atlanta: Scholars Press, 1994); **R. Neudecker**, «Master-Disciple/Disciple-Master Relationship in Rabbinic Judaism and in the Gospels», *Greg* 80 (1999) 245-61; **J. Neusner**, *Invitation to the Talmud: A Teaching Book* (Nueva York: Harper & Row, 1973); **H. Pattarumadathil**, «Your Father in Heaven»: *Discipleship in Matthew as a Process of Becoming Children of God* (AnBib 172; Roma: Pontificio Istituto Biblico, 2008); **K. H. Rengstorf**, «μαθητής», *TDNT* 4:415-61; **F. Segovia**, ed., *Discipleship in the New Testament* (Filadelfia: Fortress, 1985); **M. J. Wilkins**, *The Concept of Disciple in Matthew's Gospel: As Reflected in the Use of the Term μαθητής* (NovTSup 59; Leiden: E. J. Brill, 1988); ídem, *Following the Master: A Biblical Theology of Discipleship* (Grand Rapids: Zondervan, 1992); ídem, «Unique Followers of a Unique Master: Discipleship in the Gospel According to Mark», *SBJT* 8, no. 3 (2004) 50-68; **D. O. Wenthe**, «The Social Configuration of the Rabbi-Disciple Relationship: Evidence and Implications for First Century Palestine», en *Studies in the Hebrew Bible, Qumran, and the Septuagint: Presented to Eugene Ulrich*, ed. P. W. Flint, E. Tov y J. C. Vanderkam (VTSup 101; Leiden: E. J. Brill, 2006) 143-74; **T. Wiarda**, *Peter in the Gospels: Pattern, Personality and Relationship* (WUNT 2/127; Tübinga: Mohr Siebeck, 2000).

M. J. Wilkins

### DISCURSO DE DESPEDIDA

Los antiguos encontraban de gran interés las últimas palabras de una persona destacada. La escena es tan frecuente que el «discurso de despedida» (también llamados «discurso final», o «testamento») se ha convertido en un género reconocido de la literatura antigua. Contiene las últimas palabras que un personaje a punto de morir dirige a aquellos íntimamente relacionados con él (con una agenda que sin duda mira hacia el futuro). Los Evangelios incluyen dos escenas de este tipo relacionadas con Jesús (Lc 22:14-38 y Jn 13-17). Este artículo analiza su interpretación a la luz de este género.

1. El Género
2. El discurso de despedida lucano
3. El discurso de despedida joánico

### 1. El Género.

**1.1. Descripción.** El género de la escena de despedida varía en cuanto a las partes que lo componen y la complejidad de las mismas. Por lo tanto, es mejor describir una serie de convenciones que podrían emplearse en lugar de una forma fija monolítica (Kurz 2000, 71). Estas características incluyen el anuncio de la muerte, dichos o exhortaciones parenéticos, profecías o predicciones, relatos retrospectivos de la vida del individuo, determinación de un sucesor, una oración, las últimas instrucciones e instrucciones para su entierro (Segovia, 12).

Como ejemplos grecorromanos de escenas de despedida tenemos a Platón, *Fedón*; Plutarco, *Catón el Menor* 66; *Oto* 15-17; Diógenes Laercio, *Epicuro* 10.16-18. Entre los ejemplos que aparecen en la literatura judía extrabíblico están los *Testamentos de los Doce Patriarcas*; 1 Macabeos 2:49-70; Tobías 14:3-11; Filón, *Vida de Moisés* 2.288-292; Josefo, *Antigüedades de los judíos* 4.309-331; 12.279-284. Ejemplos bíblicos son Deuteronomio 31-33; Josué 23-24; 1 Samuel 12:1-25; 1 Crónicas 28-29; Lucas 22:21-38; Juan 13-17; Hechos 20:17-38 (Kurz 1985, 262-63). También es posible considerar tanto a 2 Pedro como a 2 Timoteo como testamentarios en su naturaleza. En los Evangelios canónicos sólo Lucas 22:14-38 y Juan 13-17 son candidatos viables.

**1.2. Cuestiones literarias.** Las dos escenas de los Evangelios se asemejan más a la literatura testamentaria judía que a sus homólogas grecorromanas. La literatura testamentaria judía difiere de los ejemplos grecorromanos en aspectos importantes. En primer lugar, destaca las predicciones o profecías sobre el futuro desde una perspectiva teológica monoteísta (por ejemplo, Tob 14:4-7, comprensiblemente algo no habitual en fuentes paganas). En segundo lugar, los ejemplos de la literatura testamentaria judía son más largos. Los discursos de despedida grecorromanos tendían a ser breves, y sólo unos pocos tienen una extensión significativa (nótese, por ejemplo, las treinta y dos palabras de Plutarco en *Catón el Menor*) (véase Kurz 1985, 255). En tercer lugar, muchas de las muertes en la literatura pagana son suicidios que proporcionan un ejemplo de cómo morir noblemente (de nuevo, por ejemplo, *Catón el Menor*). En la literatura testamentaria del mundo judío (derivado de los ejemplos bíblicos, especialmente Gn 48-49) comúnmente se centra en el hombre de Dios que deja palabras de instrucción para que sus seguidores